

habéis adelantado vuestra mano para estrechar la que os ofrecemos afectuosamente.

Y dicho esto, señores y amigos, comencemos ya la parte práctica y fructífera de nuestra relación, que está en el trabajo. Hasta el jueves, pues, en que daré mi primera lección.

IX

Despedida de la Universidad y entrega del diploma de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, «honoris causa».

DOCUMENTO OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD

1

Acto de entrega del diploma.

El día 4 de Octubre de 1909, siendo las dos p. m., tuvo lugar en el salón de actos públicos del Colegio Nacional de la Universidad la ceremonia de la entrega del diploma de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, *honoris causa*, al catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira y Crevea, otorgado por el H. Consejo superior á solicitud de la Facultad respectiva.

En el estrado principal tomaron asiento el señor Presidente de la Universidad, Dr. Joaquín V.

González; los Excmos. Ministro de Chile, Dr. Miguel Cruchaga Tocornal, y del Perú, Dr. Enrique de la Riva Agüero; señor Encargado de Negocios de España, D. Tomás de Rueda y Oslome, Vizconde de la Fuente; el representante del Perú ante el árbitro en la cuestión de límites peruboliviana, Dr. Víctor M. Maurtua; el señor profesor D. Rafael Altamira y Crevea; el señor Director de Escuelas de la Provincia, Dr. Angel Garay; el señor Director del Instituto del Museo, D. Samuel A. Lafone Quevedo; el señor Director del Observatorio Astronómico y Decano de la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas, Dr. Francisco Porro de Somenzi; el señor Vicedecano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Dr. Joaquín Carrillo; el señor Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, Dr. Clodomiro Griffin, y el señor Rector del Colegio Nacional de la Universidad, doctor Donato González Litardo.

Asistían al acto numerosos profesores y alumnos de la Universidad, así como gran número de familias.

El señor Presidente declaró abierto el acto, pronunciando el siguiente discurso y haciendo entrega al profesor Altamira de su diploma de Doctor *honoris causa* en Ciencias Jurídicas y Sociales.

**Discurso del Sr. Presidente de la Universidad,
Dr. Joaquín V. González.**

Señoras:

Señores:

Por última vez en este año feliz de nuestros jóvenes anales académicos, vamos á vivir la vida escolar en compañía del maestro de Oviedo, que por tres meses—tan fugaces como la dicha misma—ha sido también maestro propio de la nueva Universidad argentina; la cual, albergándolo en su seno más íntimo, con la doble ansiedad del saber y del afecto, ha realizado por su intermedio una comunión ideal con la más alta civilización europea y con el espíritu inmortal de la raza materna, encarnado en él como en su más legítima personificación. Es la nación entera la que ha oído en su palabra el mensaje cálido y vibrante de la vieja patria española; y esa armonía unánime en el sentimiento y en la opinión, que lo ha amado como amigo y lo ha admirado como maestro, no es más que la misteriosa y recóndita salutación de la sangre á la sangre, á través de un océano que separa dos continentes, y de un siglo de historia que separa dos hogares que un tiempo fueron un solo hogar. Las vicisitudes políticas, que perturban el alma de las razas, y las dividen y separan en nacionalidades distintas, pueden crear fronteras materiales, y aun aparen-

tes, de semejanzas y divergencias entre los hijos de un común origen; pero las corrientes de aproximación y cohesión naturales vuelven siempre, por las vías de la inteligencia, á reconstruir la unidad primitiva, la afinidad inmanente, la substancialidad indestructible. Ese es el privilegio de la ciencia: ella no sólo descubre y resucita lo ignoto y lo desaparecido, sino que suprime las desigualdades, y ha comenzado ya á construir el futuro hogar común de la humanidad hoy dispersa y desacorde.

En una época como esta (en la cual se nota la viva inquietud de todos los pueblos por acercarse, compenetrarse y sentir sus palpitations más íntimas, como si se convencieran al fin de que lo que les falta en simpatía sólo es falta de conocimiento), nació en un simultáneo impulso, en las dos Universidades de Oviedo y de La Plata, como había ya existido entre las otras distintas razas y naciones, en la una, la idea de enviar hacia los países de América, en política de noble y legítima expansión espiritual, sus propios maestros, en misión de amor y solidaridad científica; y en la otra, ansiosa de vida y del saber de aquellos que fueran origen y conductores de la secular cultura europea, el propósito de llamar á sus aulas recién abiertas—á manera de consagración—los más sabios exponentes de aquella ciencia acumulada, que las sociedades jóvenes sólo pueden obtener á costa de enormes sacrificios y con resultados siempre incompletos é incoherentes.

Sobre la torre de la casa trisecular de Oviedo brillaba la antorcha anunciadora del mensaje esperado, y al propio tiempo guía de los nuevos senderos por los cuales se busca una anhelada liberación; y en sus claustros de venerable antigüedad, por los cuales circulan hoy torrentes de sangre juvenil, para España y para la ciencia, fuimos á llamar á la celda del que había de respondernos. Una secreta simpatía, acaso una tácita inteligencia sobre comunes ideales, nos condujo á unos y á otros; y al mismo tiempo que el ilustre Rector Canella enviaba á Altamira hacia América, la Universidad de La Plata pedía á Altamira en Europa, el concurso de su saber, su experiencia y su arte inimitable de cautivar los espíritus, para impulsar y enaltecer la ardua labor de cultura emprendida en esta región del continente.

De esta aspiración de recíproco estudio é inteligencia, y de asimilaciones educativas de unos pueblos á otros, han nacido un hecho y una institución nuevos: la interdocencia universitaria y social por medio de estos agentes que el lenguaje contemporáneo ha designado ya con el título irremplazable de «embajadores académicos», adquirido en nobles misiones de una diplomacia nueva, por profesores como Murray Buttler, van Dyke, Bliss, Perry—el sucesor de Longfellow en la cátedra literaria de Harvard—Coolidge, Smith, en Francia y Alemania; y Oviedo en España, abre la misma época con su misión en Burdeos,

confiada á dos ilustres representantes de su Claustro, al Rector Canella y á nuestro huésped de ahora, á nuestro Doctor y compañero de hoy en adelante, á D. Rafael Altamira, de quien puede decirse lo que un escritor americano habla de uno de sus profesores: «que con su entusiasmo genial, su talento de «raconteur», su espíritu escolar y su personal encanto, es el exponente de la más alta cultura y genio de su raza».

Bryce en la Conferencia de Mohonk, y Asquith en el Congreso Universal de la Paz, de Londres, ha coincidido en la misma observación de que en este sincero deseo de la paz que anima á todas las grandes naciones, la mejor vía para obtenerla es la inteligencia recíproca, que suprime dudas, desconfianzas y temores hijos de la ignorancia; y los más eficaces medios de realizar ese conocimiento es el del intercambio de profesores, como lo será, en medida más amplia é intensa en día no lejano, el de alumnos universitarios, de uno á otro país, según lo atestigua y confirma en su magno discurso de apertura de la 79.^a Conferencia anual de Winnipeg, de la Asociación Británica para el progreso de las ciencias, el sabio profesor de Cambridge, Mr. Joseph Thompson, quien, al señalar la valiosa experiencia de la vida interuniversitaria para aquellos estudiantes que se dedican á la vida pública dentro de los países del Imperio, agrega que nada puede considerarse más aparente para conducir hacia un conocimiento más exacto de los sentimientos, las sim-

patías, y lo que es no menos importante, los prejuicios de unos países respecto de otros, que el hecho de que núcleos juveniles de unos y otros pasen juntos una parte de su vida estudiantil. Y si esta vida en común, de los internados de adolescentes y de las residencias universitarias, ha creado entre las generaciones de una misma nacionalidad vínculos tan estrechos como fecundos en resultados políticos, no puede dudarse que el mismo efecto en la más vasta esfera internacional, hará que pueblos distintos se liguén por afectos indiscutibles, por las almas de sus hijos, que más tarde serán desde el gobierno conductores de sus destinos colectivos. Sus maestros llevarán la ciencia que dota á los espíritus para la acción y para el progreso efectivo de la sociedad humana; y los estudiantes transmitirán más tarde á todos los ámbitos, con la enseñanza y el recuerdo de sus maestros y la convivencia escolar, ese dulce y prolífico calor de alma que funde, iguala y fraterniza los caracteres y tendencias más diversos, se sobrepone á todos los prejuicios, rutinas é ideas más petrificadas, y es el único capaz de destruir fronteras y lanzar á los pueblos á las grandes empresas solidarias por la civilización y el ideal.

Un concepto incompleto de su propio valer, y más imperfecto aún de su posición histórica en el mundo, suele inspirar á las jóvenes sociedades americanas sentimientos de orgullo y suficiencia tales, que se sienten capaces de bastarse á sí mis-

mas para las luchas y las tareas de la alta enseñanza, y á proclamar la preferencia de maestros nativos, y aun la exclusión sistemática de los extraños. Olvidan que la ciencia no tiene límites visibles, y que la cultura es planta que vive del influjo del medio universal, por más que sus raíces infinitas procedan de todos los lugares de la tierra; desconocen el proceso modelador de la verdadera ciencia sobre el carácter y la conducta, y los efectos de afinamiento, sensibilidad y amplitud de todas las impresiones y juicios que el espíritu científico produce en el alma colectiva de una sociedad; ignoran que no pueden desvincularse los productos del medio propio y congénito, y que los espíritus superiores, como «flores de cultura», son el coronamiento de un largo é invisible proceso de experiencias sin cesar renovadas, de generación en generación, hasta que un día el jardín ostenta la flor deseada, la flor perfecta de forma, color y perfume.

Y bien; cada una de las vastas regiones morales en que la civilización se difunde y elabora, ostenta al fin sus propias «flores de cultura», tras una lenta y á veces multiseccular evolución; y á menos de poder fijar sin solución de continuidad el pasado con el presente, las naciones nuevas de América, desprendidas por crisis violentas de sus viejos troncos ancestrales, no tienen el tiempo mínimo requerido para completar un ciclo de cultura homogénea y estable. Nuestros hermanos del Norte tuvieron más suerte que nosotros, á pe-

sar de sus grandes y profundas crisis, al reanudar sin intervalos apreciables la corriente educativa de la madre patria sobre el suelo propio; y bastaría para demostrarlo la sucesión continua de su historia política, representada por sus presidentes, desde Washington á Taft, por la vida ininterrumpida y robusta de su constitución y el crecimiento y floración espléndidos de sus escuelas y universidades en el mismo periodo de tiempo. Entretanto, nosotros, surgidos de una cruenta revolución á la vida independiente, caídos en la anarquía fratricida y sangrienta, generadora de barbarie y regresiones, apenas podemos, á fuerza de sacrificios y agotamiento, bosquejar un organismo constitucional, no hace aún medio siglo; ¿y habremos de pretender ser poseedores de una tradición científica é intelectual suficiente para formar esos espíritus superiores, de último y afinado tipo, dignos de llamarse «flores de cultura»?

La más amable muestra de buena inclinación que podemos ofrecer al mundo civilizado, en medio de la vertiginosa carrera de prosperidades materiales que seguimos, será reconocer la posición exacta que nos corresponde en el conjunto de los progresos científicos; declararnos con valiente decisión en la edad de la adolescencia, susceptible de todas las virtudes como accesible á todos los peligros; inscribirnos en la categoría de los estudiantes, llenos de esperanzas, anhelos y ambiciones, y de fuerzas inescrutadas para satis-

facérlas en la lucha del trabajo y el estudio; abrir nuestra inteligencia y nuestro corazón á las mejores influencias del espíritu humano, venga de donde viniere, y venga, más que todo, de su fuente y foco secular y excelso, de la nobilísima tradición científica é ideal de la Europa occidental, cuyas universidades é institutos libres, herederos del caudal de saber de la humanidad, lo conservan, lo enriquecen, lo depuran y renuevan sin cesar, para difundirlo en las sociedades nuevas de los otros continentes, en los cuales su energía consciente é invencible va ensanchando el imperio de la civilización y de la libertad y abriendo cauces y surcos nuevos á la expansión y á la renovación de la vida del género humano.

En esta labor colosal y luminosa, las nacionalidades nuevas de América llevan una mínima parte, y la suya es apenas suficiente para habilitarse á sí mismas en sus luchas interiores, en sus necesidades inmediatas, en sus deberes más premiosos ante la ley de la universal convivencia; sus escuelas y universidades son incompletas cuando no informes; sus labores son inconstantes, inestables é intermitentes, con las intermitencias que la gestación orgánica y política les impone, y con las inquietudes que la inseguridad de sus destinos mantiene en las conciencias; los métodos certeros, que sólo una larga y sabia experiencia afirma y comprueba, no existen ni pueden existir en ellas; y así sus enseñanzas, si algo realizan por la virtud del esfuerzo y la voluntad, carecen

de esa eficacia final y concluyente que conduce al descubrimiento de nuevas verdades y de nuevos caminos en la interminable labor de perfeccionamiento del espíritu. En este concepto, la vocación patriótica por excelencia en nuestro país, como en los demás de su misma condición en América, deberá ser la de mejorar las condiciones en que la auto-educación se elabora, elevando el nivel moral é intelectual de sus maestros con enseñanzas superiores á ellos que nunca podrán surgir de sí mismos, sino del seno de civilizaciones y focos científicos más altos, los únicos que podrán alzarlos de la línea media para conducirlos á un plano más elevado, desde el cual puedan divisar, como se contempla una llanura desde una cumbre, horizontes ilimitados, senderos no descubiertos, lejanías no presentidas.

Creeríase, al oírme hablar de esta manera, que en esta política universitaria de interdocencia ó intercomunicación de ideas entre Universidades ó públicos de diversos países, nada podrían las nuestras aportar á la labor colectiva, y menos en las aulas de las viejas y célebres casas de altos estudios de Europa. Pero no es esa la consecuencia de mis juicios; porque si éstos nos traen su alta é intensa enseñanza con el prestigio y la virtud irresistible de la experiencia y la penetración de la idea científica, aquéllas, en retribución, les ofrecerían un elemento del más elevado valor en la información exacta, inmediata y palpitante sobre el sujeto americano, incomprensible

aún para el investigador europeo—sujeto exótico, múltiple, complejo, mezcla á veces informe de lo antiguo y de lo nuevo,—donde el observador más avezado se extravía por falta de la continuidad de la observación de los fenómenos inherentes á la masa. El profesor americano, dotado de relativas aptitudes de expresión y de método, puede llevar á la ciencia europea una riqueza inmensa de material experimental, para someterlo al procedimiento analítico de la alta ciencia; y así, el genio, los caracteres y variantes características de estas sociedades tan mal conocidas y tan mal estudiadas, revelados á la opinión científica de Europa por hombres capaces de describirlos y representarlos, contribuirán á desvanecer errores, prejuicios y aversiones cristalizadas, y fundar una nueva corriente de relaciones sociales, políticas ó económicas entre Europa y América, de la cual sólo ventajas recogerán las naciones de uno y otros continentes; y no sería la menor, sin duda, la convicción que allí se formaría sobre la capacidad de éstas para la vida civilizada en el campo de la política y de la ciencia, y la mayor afirmación de los conceptos de la justicia internacional, de solidaridad, y la ayuda recíproca entre pueblos de las razas y las situaciones geográficas más diferentes; y ya se ve cuánto camino realizaría con esta sola conquista, la causa de la paz del mundo, del bienestar permanente de todos los hombres.

Si la civilización sudamericana reconoce sus

orígenes y fuentes directas y se alimenta sin cesar en las sociedades europeas, no puede desconocerle el derecho de reclamar una más íntima vinculación con la que fué su cuna materna: la noble, esforzada é hidalga raza hispánica, que mantiene viva por la sangre y el idioma la coherencia de estas jóvenes nacionalidades con su común descendencia europea. Es más que una imagen literaria, una verdad histórica y científica, la afirmación de que el Océano no divide, sino que sigue uniendo á España con sus antiguas colonias; porque ni los rasgos étnicos y espirituales idénticos han desaparecido entre ellos por el transcurso de un siglo, ni los efectos fisiológicos del trasplante han sido de debilitamiento, sino más bien de afirmación de los rasgos geniales de la raza, que, como vigorosos é incisivos, se han grabado y reforzado en sus descendientes en el nuevo suelo bajo las influencias físicas de un ambiente social tan distinto. Se han alzado fronteras políticas irrevocables entre la Metrópoli y sus colonias, pero la sangre y el alma de la raza siguen consolidando los cimientos del viejo hogar castellano, más fuerte é inexpugnable, quizá, ahora, con los prestigios de la libertad, que antes bajo la coerción de la obediencia; y siendo así indestructible la unidad genial originaria, lo más posible será, acaso, que el nuevo ambiente americano contribuya á rejuvenecer y fortalecer los elementos vitales de la raza, por la influencia refleja de los retoños sobre los viejos troncos; y

este efecto será tanto más real y visible cuanto más activa é intensa sea la corriente emigratoria de uno con otro núcleo social: muy al contrario de lo que creyese la vulgar preocupación patriótica, que midiera la integridad nacional por cabeza de habitante y no parase mientes en la debilitación orgánica progresiva, por el círculo vicioso de la savia, sin el riego fecundante de la luz exterior y de la gota de agua de las fuentes lejanas.

La embajada académica enviada por la Universidad de Oviedo á América, inicia una reconstrucción profunda, ideal, y un movimiento de simpatía é inteligencia actual é inmediata entre las almas de dos pueblos consanguíneos, separados por una inevitable querella de familia, en la cual ha faltado una palabra de unción paterna para reanudar el viejo afecto doméstico bajo la sombra tutelar de los antepasados comunes. Si estas misiones, según Bryce, tienden á consolidar la paz entre pueblos antagónicos por el convencimiento recíproco, ¡cuánto más honda no será su virtud unificadora, cuando se ejercen entre miembros de una sola familia, hijos de una misma tradición y cultivadores de la misma lengua! Si ha podido ser en el corazón de Europa, en uno de los centros del saber universitario de Francia, tan viva la impresión del pensamiento español y de sus progresos científicos y docentes, por la palabra cálida y á la vez reposada, metódica y reveladora de Altamira, ¡cómo no

será ella en el corazón de los hijos de América, que comprenderán sus más recónditas vibraciones y adivinarán en el proceso apenas perceptible de la elaboración mental, en el gesto y la mirada, en la cadencia de la frase y en el timbre de la voz, los signos misteriosos de la confianza de un sentimiento ancestral, cuyas raíces seculares hacen llegar hasta nosotros, con la frescura de una hoja verde, algo como la sensación de la dulce caricia materna!

El Claustro ovetense ha elegido por su embajador en América al más apto para la misión de afecto y de enseñanza. Surgido, como sus compañeros, del núcleo, del alto origen de una escuela á la cual habrá de deber España nuevos días de gloria, trae en su espíritu fuerzas invencibles y la pasión por el ideal humano, vocación científica acendrada, y esa gloria inmensa que es la conquista de almas por el sentimiento y la revelación intelectual. Las cualidades dominantes de su espíritu se hallan reflejadas en su obra; el culto de la literatura y el arte en sus más amables formas, afirmarán su percepción y su poder afectivos, con los cuales sentirá la aproximación simpática del oyente y abrirá sus poros á la plena absorción de la idea científica. Su dominio de la Historia le ha puesto en comunicación con el espíritu de otras edades y culturas, á veces superiores á la contemporánea, y el convencimiento de las fuentes y de la evolución jurídica de su pueblo y de la humanidad, ha hecho de su vida

como una consagración á los ideales de justicia y de igualdad, que acercan y funden las clases en que se divide aún, en su ficticia organización democrática, la sociedad moderna, Altamira, como Ruskin, ha absorbido, en el «huerto cerrado» de la ciencia, esa vocación evangélica de la educación que inclina su alma con fuerza irresistible hacia los niños, los humildes y los ignorantes de toda condición, seguros de que la verdad los levantará de la servidumbre ó el envilecimiento, y de que el equilibrio perfecto de la vida sólo podrá establecerse cuando todos los hombres puedan respirar libremente el aire puro de la ciencia.

La suma de su labor intelectual, más intensa y específica que abundante, revela un espíritu abierto á todas las corrientes impregnadas de verdad ó elementos de progreso, así propio como nacional; sobre la base firme del rico legado patrio, ha construído un monumento de ciencia impersonal y humana, y lo ha enriquecido y acrecentado como un hijo amante que ayuda á aumentar el patrimonio paterno. La ciencia española, puesta en contacto con el mundo exterior, en acción generosa de afinidad y concurrencia, ha desplegado nuevas virtudes expansivas; y expuesta ahora en forma tan persuasiva por el más elocuente de sus apóstoles, en el seno mismo del saber extranjero, como lo hiciera en Francia y Alemania, y lo realiza hoy en América, no sólo aparecerá como una resurrección de antiguos te-

soros, sino que será una enseñanza efectiva por el prestigio que le añade la virtud persuasiva y el suave imperio intelectual del maestro de Oviedo. El puro y noble brillo y el timbre inconfundible de la grande alma latina, se difundirán por estos vastos continentes, donde se consuma desde hace cuatro siglos la misteriosa transformación de una raza que fué generadora de naciones y será árbitro en lo futuro de una vasta porción del humano destino.

Señoras:

Señores:

Quando la Universidad de La Plata resolvió establecer su nueva sección de Filosofía, Historia y Letras, para completar la idea orgánica primitiva, comprendió que iniciaba una labor destinada á cavar muy hondo en el alma de la juventud que asistiera á sus aulas. Iniciaba al propio tiempo una evolución en la enseñanza nacional, relativa al ordenamiento general de los estudios, que hace mucho tiempo venía imponiéndose en formas diversas é imprecisas: la creación de un ciclo académico de alta preparación y pulimento, en el cual las jóvenes inteligencias, nutridas de nociones generales é incompletas sobre todas las ramas del saber, necesitan coordinarlas, armonizarlas, condensarlas y ponderarlas antes de emprender la jornada superior, como el viajero de las montañas, que antes de emprender el último repecho, revisa su montura,

ajusta sus cinchas y dispone sus fuerzas para la ardua ascensión. La enseñanza histórica debía ser, con la Filosofía y Literatura, la base triangular del nuevo edificio; y al fin la Universidad integraba su complicado organismo, colocando, al lado de las altas ciencias experimentales, las aguas lustrales de las ciencias éticas, donde vayan todos como á unirse del perfume ideal que embellece y sublima todo esfuerzo y toda conquista de la fuerza ó de la inteligencia. En cuanto á la Historia—creo haberlo dicho otra vez,—reducida entre nosotros, en lo constructivo, á la acción espontánea del patriotismo, no menos grande por ser empírica, y en lo docente, á la repetición de las narraciones escritas, reclamaba una fundación definitiva, en la cual pudiera estudiarse como ciencia, como literatura y enseñanza, y en la cual se comenzase á cultivar en forma sistemática y reproductiva la propia historia patria, entregada hoy á todos los vientos de la dispersión en sus fuentes y en sus métodos.

El sabio autor de la *Historia de España y de la civilización española*, y maestro de Historia del Derecho en Oviedo, conductor casi exclusivo en lengua castellana de las ideas modernas de enseñanza histórica, en libros de universal renombre, era el constructor ideal de la nueva disciplina; y es motivo de orgullo, el más legítimo de todos para esta Universidad, haber podido conducir hasta la cátedra argentina al artífice único de la obra; porque no sólo ha llevado su

influjo á sus propias aulas y alumnos, sino que lo ha extendido á todos los que se hallasen al alcance de su palabra. Sus teorías sobre el concepto fundamental, didáctico y constructivo de la Historia, eran las que aquí debían ser enunciadas; y las naturales referencias á las demás disciplinas, en particular las relativas á la enseñanza científica, convirtieron su cátedra de método histórico en didáctica y ética general, por las inevitables amplitudes de un pensamiento tan vasto y libre, y por la insuperable lección personal de la labor y de la conducta del maestro con sus discípulos, que lo fuimos todos, y con el país entero que lo ha contemplado con creciente simpatía y admiración durante el desarrollo del plan de trabajo más vasto é intenso que ningún hombre haya realizado entre nosotros.

Creo justo observar aquí este aspecto de la misión de Altamira en América; me refiero á la enseñanza objetiva del ejemplo, en un medio en el cual esos casos de consagración son desconocidos. Sus conferencias, lecciones y consejos orales, podrán acaso perderse en parte de la memoria de sus oyentes; pero nunca se perderá la influencia directa de la labor misma, porque quedará el recuerdo de esta magna tarea desempeñada por un maestro, sin desfallecimientos, sin queja, sin inútiles intermitencias, sin asperezas, sin vanidades y sin ostentaciones; de esta prueba viviente de la enorme potencialidad productiva, del esfuerzo disciplinado y nutrido de am-

plia preparación anterior; de esta palabra serena, sobria, elegante y ungida de un cierto perfume místico, de ese misticismo afectivo que nace de las almas delicadas, que se consagran á una vocación definitiva é ideal, de este maestro amigo y compañero, que se infiltra en el corazón á la primera entrevista, y que posee, por eso mismo, la virtud invencible de la persuasión por el afecto y la confianza; de este sembrador incansable de la semilla sana y robusta, cálida y desbordante, que va por el mundo abriendo surcos, regando con palabras de amor las almas desiertas, dejando en cada una un grano fecundado de ciencia, ó de la flor simbólica de un consuelo jubiloso, ó de un aliento de vida ó de esperanza, ó un eslabón de la infinita cadena de la humana fraternidad.

Aquí quedará una impresión perecedera del espíritu del maestro y amigo de todos los que en esta casa enseñan y estudian. La Universidad nueva, que ha abierto su alma como una gran flor tropical á todas las influencias de la cultura ambiente, ha declarado y declara desde ahora su maestro permanente al profesor de Oviedo; su cátedra quedará vacía de su persona, pero penetrada de su recuerdo y de su pensamiento; y como los órganos de las catedrales, abandonados por el artista, sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los acordes errantes, así el eco elocuente de las lecciones oídas resonará en las horas propicias en nuestros corazones, para hacer

revivir la pasada confianza espiritual. Aquí queda la cátedra por él consagrada á una de las más nobles ciencias de la vida; sus discípulos y compañeros de una hora, mantendrán la tradición con culto de intensa amistad y respeto, hasta el día en que su dueño quiera volver á ocuparla con su propia personalidad; y entretanto, la semilla será fecundada en el surco; las ideas brotarán en generaciones sucesivas sobre la tierra por él regada, y esperamos que el jardinero no olvidará su huerto, y que los aromas de sus propias flores le atraerán muchas veces á conversar con ellas en espíritu y en verdad.

Señor profesor Altamira: El título de doctor *honoris causa* que hoy os confiere la Universidad, es la más alta de las distinciones que caben en sus fueros. Hasta ahora lo llevan sólo espíritus dignos de compartir con el vuestro las más puras glorias de la inteligencia; y así como ellos trajeron á estas aulas el noble prestigio del saber de las cultas naciones que representan, así este pergamino es un símbolo para nosotros muy querido, el de un amor sincero de esta patria nuestra por su augusta y noble madre España, y de un sentimiento nuevo de fraternal afecto por la escuela de Oviedo; y ya que nada puede agregar este documento á los títulos que os han conquistado vuestra sabiduría y dotes personales de maestro y escritor, nadie podría personificar mejor esta estrecha comunión de dos Universidades, una argentina y otra española, que el hombre